

CAPÍTULO 1

Por qué debemos pensar correctamente sobre Dios

Oh, Señor Dios Todopoderoso, no el Dios de los filósofos y de los sabios, sino el Dios de los profetas y de los apóstoles; y mejor que todos, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¿puedo expresarte sin culpa?

Los que no Te conocen pueden invocarte como algo distinto de Ti, y así no Te adoran sino a una criatura de su propia fantasía; ilumina, pues, nuestras mentes para que Te conozcamos como Tú eres, a fin de que Te amemos perfectamente y Te alabemos dignamente.

En el nombre de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Lo que nos viene a la mente cuando pensamos en Dios es lo más importante de nosotros.

La historia de la humanidad probablemente mostrará que ningún pueblo se ha elevado jamás por encima de su religión, y la historia espiritual del hombre demostrará positivamente que ninguna religión ha sido jamás más grande que su idea de Dios. La adoración es pura o vil según el adorador tenga pensamientos elevados o bajos de Dios.

Por esta razón, la cuestión más grave que se plantea a la Iglesia es siempre Dios mismo, y el hecho más portentoso acerca de cualquier hombre no es lo que pueda decir o hacer en un momento dado, sino cómo concibe a Dios en lo más profundo de su corazón. Por una ley secreta del alma, tendemos a acercarnos a nuestra imagen mental de Dios. Esto es verdad no sólo del cristiano individual, sino de la compañía de cristianos que compone la Iglesia. Siempre lo más revelador de la Iglesia es su idea de Dios, así como su mensaje más significativo es lo que dice sobre Él o lo que deja sin decir, pues su silencio es a menudo más elocuente que su discurso. Nunca puede escapar a la auto-revelación de su testimonio sobre Dios.

Si fuéramos capaces de extraer de cualquier hombre una respuesta completa a la pregunta: "¿Qué te viene a la mente cuando piensas en Dios?", podríamos predecir con certeza el futuro espiritual de ese hombre. Si pudiéramos saber exactamente qué piensan hoy de Dios nuestros líderes religiosos más influyentes, podríamos predecir con cierta precisión cuál será la posición de la Iglesia el día de mañana.

Sin duda, el pensamiento más poderoso que la mente puede albergar es el pensamiento de Dios, y la palabra más pesada en cualquier idioma es su palabra para Dios. El pensamiento y la palabra son dones de Dios a las criaturas hechas a su imagen; están íntimamente asociados a Él y son imposibles aparte de Él. Es muy significativo que la primera palabra fuera el Verbo: "Y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". Podemos hablar porque Dios habló. En Él, palabra e idea son indivisibles.

Que nuestra idea de Dios se corresponda lo más posible con el verdadero ser de Dios es de inmensa importancia para nosotros. Comparadas con nuestros pensamientos reales sobre Él, nuestras declaraciones credenciales tienen poca importancia. Nuestra idea real de Dios puede yacer enterrada bajo la basura de las nociones religiosas convencionales y puede requerir una búsqueda inteligente y vigorosa antes de que finalmente sea desenterrada y expuesta por lo que es. Sólo tras una dolorosa prueba de autoexploración descubriremos lo que realmente creemos sobre Dios.

Una concepción correcta de Dios es básica no sólo para la teología sistemática, sino también para la vida cristiana práctica. Es para el culto lo que los cimientos son para el templo; donde son inadecuados o están fuera de plomo, toda la estructura se derrumbará tarde o temprano. Creo que

apenas hay un error en la doctrina o un fracaso en la aplicación de la ética cristiana que no pueda ser atribuido finalmente a pensamientos imperfectos e innobles sobre Dios.

En mi opinión, la concepción cristiana de Dios vigente en estos años centrales del siglo XX es tan decadente que está totalmente por debajo de la dignidad del Dios Altísimo y constituye para los creyentes profesos algo equivalente a una calamidad moral.

Todos los problemas del cielo y de la tierra, aunque nos enfrentaran juntos y a la vez, no serían nada comparados con el abrumador problema de Dios: Que Él es; cómo es; y qué debemos hacer nosotros como seres morales respecto a Él.

El hombre que llega a creer correctamente en Dios se libera de diez mil problemas temporales, pues ve enseguida que éstos tienen que ver con asuntos que, a lo sumo, no pueden preocuparle por mucho tiempo; pero aunque se le quiten de encima las múltiples cargas del tiempo, la única y poderosa carga de la eternidad comienza a presionarle con un peso más aplastante que todos los males del mundo apilados unos sobre otros. Esa poderosa carga es su obligación para con Dios. Incluye el deber instantáneo y para toda la vida de amar a Dios con todas las fuerzas de la mente y del alma, de obedecerle perfectamente y de adorarle aceptablemente. Y cuando la laboriosa conciencia del hombre le dice que no ha hecho ninguna de estas cosas, sino que desde la infancia ha sido culpable de sucia rebelión contra la Majestad en los cielos, la presión interior de la autoacusación puede llegar a ser demasiado pesada de soportar.

El evangelio puede levantar esta carga destructora de la mente, dar belleza por las cenizas, y el vestido de alabanza por el espíritu de tristeza. Pero a menos que se sienta el peso de la carga, el Evangelio no puede significar nada para el hombre; y hasta que no vea una visión de Dios elevada y sublime, no habrá aflicción ni carga. Las visiones bajas de Dios destruyen el evangelio para todos los que las tienen.

Entre los pecados a los que es propenso el corazón humano, casi ningún otro es más odioso para Dios que la idolatría, porque la idolatría es, en el fondo, una calumnia contra Su carácter. El corazón idólatra supone que Dios es otro de lo que es -en sí mismo un pecado monstruoso- y sustituye al Dios verdadero por uno hecho a su semejanza. Siempre

Dios se ajustará a la imagen de quien lo creó y será bajo o puro, cruel o bondadoso, según el estado moral de la mente de la que surja.

Un dios engendrado en las sombras de un corazón caído no será, naturalmente, semejante al Dios verdadero.

"Pensaste", dijo el Señor al malvado en el salmo, "que yo era del todo semejante a ti". Seguramente esto debe ser una grave afrenta al Dios Altísimo ante quien querubines y serafines claman continuamente: "Santo, santo, santo, Señor Dios de Sabaoth."

Cuidémonos de no aceptar en nuestro orgullo la noción errónea de que la idolatría consiste sólo en arrodillarse ante objetos visibles de adoración, y que por lo tanto los pueblos civilizados están libres de ella. La esencia de la idolatría es el entretenimiento de pensamientos acerca de Dios que son indignos de Él. Comienza en la mente y puede estar presente donde no ha tenido lugar ningún acto manifiesto de adoración.

"Cuando conocieron a Dios", escribió Pablo, "no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido."

Luego siguió la adoración de ídolos hechos a semejanza de hombres, aves, bestias y reptiles. Pero esta serie de actos degradantes comenzó en la mente. Mal

Las ideas sobre Dios no sólo son la fuente de la que manan las aguas contaminadas de la idolatría, sino que ellas mismas son idolátricas. El idólatra simplemente imagina cosas sobre Dios y actúa como si fueran verdad.

Las nociones pervertidas sobre Dios pronto pudren la religión en la que aparecen. La larga carrera de Israel lo demuestra con suficiente claridad, y la historia de la Iglesia lo confirma. Tan necesario es para la Iglesia un concepto elevado de Dios, que cuando ese concepto decae en alguna medida, la Iglesia con su culto y sus normas morales decae junto con ella. El primer paso hacia abajo para cualquier Iglesia se da cuando renuncia a su elevada opinión de Dios.

Antes de que la Iglesia Cristiana entre en eclipse en algún lugar, primero debe haber una corrupción de su simple teología básica. Ella simplemente obtiene una respuesta errónea a la pregunta: "¿Cómo es Dios?" y continúa a partir de ahí. Aunque continúe aferrándose a un credo nominal sólido, su credo de trabajo práctico se ha vuelto falso. Las masas de sus seguidores llegan a creer que Dios es diferente de lo que realmente es; y eso es herejía de la clase más insidiosa y mortal.

La mayor obligación que pesa hoy sobre la Iglesia cristiana es purificar y elevar su concepto de Dios hasta que vuelva a ser digno de Él y de ella. En todas sus oraciones y trabajos, esto debería ocupar el primer lugar. Prestamos el mayor servicio a la próxima generación de cristianos transmitiéndoles, intacto y sin menoscabo, el noble concepto de Dios que recibimos de nuestros padres hebreos y cristianos de generaciones pasadas. Esto demostrará ser de mayor valor para ellos que cualquier cosa que el arte o la ciencia puedan inventar.

*Oh, Dios de Betel, de cuya mano se
alimenta aún tu pueblo;
Que a través de esta fatigosa
peregrinación ha guiado a todos
nuestros padres.
Nuestros votos, nuestras oraciones presentamos ahora
Ante tu trono de gracia: Dios de nuestros padres, sé el Dios de sus
sucesores.*

Philip Doddridge